

M.^a DESAMPARADOS MARTÍNEZ SAN PEDRO
Universidad de Almería

El viaje literario –dice Javier Reverte– tiene algo de viaje hacia la eternidad, una búsqueda incansable del tiempo detenido. Cuando viajas literariamente –continúa diciendo– recorres tres veces, al menos, el camino: al idearlo, al pisarlo y al escribir de regreso. Sin duda es la forma más rentable de viajar, y la más honda, porque escuchas y ves con oídos y ojos más atentos. Pues como decía Don Quijote: «¿Acaso es tiempo mal gastado el que se emplea en vagar por el mundo?».

Esto mismo debieron pensar nuestros protagonistas, que por diversos motivos y distintos intereses (geográficos, económicos, geológicos, botánicos, históricos, artísticos, etnográficos e incluso simplemente placenteros) llegaron a las tierras de Almería y dejaron escritas sus impresiones.

Almería, junto a todas las tierras de Andalucía, fue lugar preferido por los viajeros. Crisol de la idea de exotismo, añoranza del pasado árabe, leyendas mágicas, personajes y aventuras extraordinarios, bandidos, alguaciles, paisajes y costumbres diferentes a las del europeo, fueron –en palabras de García Romeral– las ideas que estaban en el sustrato del peregrinar a Al-Andalus. Ha sido una referencia, en la que se ha visto la convivencia de las tres culturas mediterráneas y la decadencia y relajación de las costumbres.

Las primeras referencias escritas de estos viajeros se remontan a los textos de autores árabes, quienes dejaron el testimonio escrito de lo que vieron durante los siglos de dominio musulmán. Más tarde, a partir de la conquista del reino Nazarí de Granada a finales del siglo xv por los Reyes Católicos, serán los viajeros españoles y extranjeros los que con diferente perspectiva viajen por Almería, reflejando en sus puntos de vista el ritmo de los tiempos.

Tanto unos como otros van a seguir unos itinerarios marcados por las rutas ya establecidas. Al-Idrisi, en el siglo xii, distingue dos rutas para ir de Almería a Málaga: una terrestre, que seguía la antigua vía romana conocida como el *Itinerario de Antonino*, y otra marítima, auténtica vía de cabotaje entre Almería y Adra.

Sin embargo, a partir de la conquista cristiana, Almería entra en un largo periodo de apatía. El peligro del corso berberisco en la costa almeriense fue tan tangible, que ahuyentó a cualquier espíritu aventurero. Esto, unido a que España quedó fuera de las rutas turísticas europeas hasta el último tercio del siglo xviii y a su situación geográfica en el extremo del Sureste de la Península, hizo que se fuera quedando aislada durante largo tiempo; en palabras de Casimir Delamarre «la provincia de Almería se encuentra como perdida en un extremo de España». Las propias circunstancias sociales, territoriales y económicas de la provincia, como la lejanía, las malas comunicaciones y el escaso atractivo histórico-artístico, frente a la monumentalidad de las otras ciudades, «la dejaron fuera del camino de los turistas», dice Robert Dundas Murray. Sólo de forma eventual y tangencial se desplazaban expresamente desde Granada en alguna jornada suelta o al pasar en barco desde Málaga a Cartagena o viceversa, solían reparar en el litoral almeriense. De cualquier forma, aunque pocos, algunos vinieron y nos dejaron sus testimonios.

He estructurado el trabajo en dos capítulos, uno dedicado a los viajeros árabes que visitaron Almería en la etapa musulmana, y otro, relativo a los primeros viajeros cristianos que llegaron a partir de la incorporación de Almería a la Corona castellana.

VIAJEROS ÁRABES

A lo largo de la historia musulmana de España, cada ciudad y cada región tenía, sin lugar a dudas, una fisonomía especial y un rasgo distintivo. Efectivamente, cada ciudad andalusí era bien diferente. «Pero en pocos lugares de la Península se aprecia –dice Molina López– con el mismo grado de intensidad, el contraste entre el desierto estéril y el frondoso oasis. Almería, situada en una región periférica y lejos de los caminos pasajeros, está cercada de ásperas sierras, barreras que dificultan

tan sus comunicaciones terrestres». Por otra parte, la escasez de aguas superficiales es manifiesta y la penuria de lluvias es preocupante. Los viajeros que visitaron Almería reflejaron estos contrastes:

Al-Idrisi en su obra *Descripción de África y España* describe de forma descarnada la realidad: «El terreno sobre el que está edificada la ciudad es muy pedregoso por todos lados: no lo forman sino rocas amontonadas y piedras agudas y duras; no hay tierra vegetal, como si se hubiese pasado por la criba este terreno con intención de no conservar de él sino las piedras».

Y Aben Aljatib añade: «Su calor era muy fuerte; sus impuestos, gravosos; su valle, estrecho; su cielo nebuloso prometía lluvias y daba truenos; y cuando llovía, era poco, y apenas daba frescura a la tierra... La embestida o marea de la mar era en ella demasiado molesta».

Efectivamente, la lluvia escasea en la siempre sedienta tierra almeriense. Pero «cuando el llano oriental, a través de las secas ramblas que la rodean recibe este preciado regalo, nadie –dice al-Maqqari– ha sabido aprovecharlo, gota a gota como los almerienses». Surgen bellísimas huertas con palmeras, limoneros, moreras, vergeles, huertas de «lujuriosa vegetación» –que diría Ibn Jaqan– evocadoras del paraíso tanto para musulmanes como para cristianos, empotrada entre rocas desnudas y tierras donde no se cría más que el esparto.

Es muy gráfico el canto que hace Ibn Saraf al-Qayrawani, recogido por Al-Maqqari, a las tierras de Berja, que viene a confirmar esos contrastes:

*«Jardines a los que cortejan brocados
Cuyos mantos están bordados de flores.
Los lacrimales de sus colinas, encima de las mejillas,
Tienen un verdor que fascina a quien mira.
Todos sus parajes son el paraíso,
Aunque todo camino que conduce a ella sea el infierno».*

Sin embargo, durante las grandes catástrofes políticas, las persecuciones y las revueltas, Almería fue el refugio seguro y romántico deseado por un buen número de sabios, políticos, poetas y comerciantes a lo largo de toda la historia de la España musulmana. En esta pequeña ciudad mediterránea encontrarían la paz de espíritu y la seguridad, tanto para sus almas como para sus fortunas. Dice al-Saqundi que «sus habitantes se distinguen por su carácter ecuánime, su brillante fausto, la suavidad del cutis, la belleza de los rostros, la elegancia de sus costumbres, la nobleza en el trato y la amistad, porque su playa es la más limpia, llena de ágatas de múltiples

colores y porque su río es uno de los más placenteros que existen, adornadas sus dos riberas por jardines que parecen el bozo en torno de la boca».

Del mismo modo Al-Maqqari relata que «lo agradable de sus aguas, la benignidad del aire y lo sano de su clima hicieron de ella residencia favorita de los musulimes, que vinieron a establecerse allí de todos los sitios de al-Andalus, hasta que su población no pudo hallar alojamiento en sus recintos».

Por su parte, Ibn al-Jatib, en el siglo XIV, escribía, pese a que ya la ciudad había perdido gran parte de su pasado esplendor, que Almería «es una ciudad gratisima tanto por sus excelentes condiciones terrestres como marítimas. Su gente es amable e ilustre, se cuida de sus vecinos y observa una conducta intachable. Su gente, especialmente las mujeres, poseen una cultura que las ha hecho famosas en otras ciudades andalusíes. A pesar de ello, aún residen en esta ciudad muchos ascetas, pues es un lugar muy adecuado para la oración y la penitencia (...), sus habitantes son gente confiada; en tiempo de paz son como el débil faisán que se manifiesta tranquilo, pero en tiempos de guerra son devoradores leones; y sus baños son edificios deliciosos a los que acude la gente para pasar allí su tiempo, curarse y divertirse porque tienen lugares de distracción nocturna».

Y continúa, elogiando los baños, diciendo que «eran de traza admirable, la estructura firme y muy solicitados por la medicina». Al-Idrisi cuando recorre las tierras de Pechina y se refiere a los Baños de Sierra Alhamilla opina que «no hay en el mundo lugar construido con más solidez ni en donde las aguas termales sean más provechosas. De todas partes acuden allí enfermos y achacosos, permaneciendo hasta que sus males hallan alivio o se curan del todo...».

Pero qué duda cabe, que el rasgo más sobresaliente de Almería, también el más ponderado por los geógrafos e historiadores árabes orientales y occidentales, es su carácter marítimo. Por los agitados caminos del mar habrían de llegarle las mejores bendiciones, al tiempo que las mayores desgracias. El geógrafo-historiador del siglo XIV al-Himyari recoge unos versos muy elocuentes: «Me dijeron: ¡Háblame de Almería! Y yo contesté: No es más que un derrumbadero donde no crece más que el ajenjo. Pero de nuevo se me preguntó: ¿Produce algo comestible? Yo le respondí: Sí, si sopla el viento (para que entren los barcos con alimento)».

En cualquier caso, «la ciudad de Almería –comenta Molina López– enmarcada en ese contraste brutal entre la monótona tristeza de los lugares de completa aridez y color pardo y las tierras pródigas y huertas frondosas, características reflejadas en ditirambos y críticas, en alabanzas, visiones edénicas y vituperios, fue una de las ciudades con mayor grado de *cosmopolitismo* de toda la geografía peninsular

islámica». Al-Rusati en el siglo XII reflejó, mejor que ningún otro, esta realidad, como rasgo permanente de la personalidad de esta formación social mediterránea: «Almería posee una gran importancia y un elevado rango, por ello los habitantes de Oriente y Occidente, musulmanes y no musulmanes, viajan a esta ciudad. En ella se dan cita el vecino, el viajero procedente de lejanas tierras, el árabe y el no árabe como si Almería fuese el lugar de reunión de todos los habitantes del mundo».

También es cierto que Almería fue famosa por su riqueza minera, por sus salinas y por sus piedras preciosas. Sobre éstas dice Al-Maqqari: «En la clase de perlas menudas existen en tal abundancia a lo largo de la costa del Mediterráneo, que en Vera, puerto de mar de la jurisdicción de Almería, se recogían a menudo ochenta arrobas de peso en menos de un mes».

Florián de Ocampo, aludiendo a la misma cuestión, se expresa con estas palabras: «Cuanto a lo demás, va todo tan lleno de pedrería preciosa que pocas partes en España le llevan ventaja. De granates y jacintos ninguna le puede ser igual, señaladamente por el Campo de Nisa, comarcano a esta ciudad de Almería, donde se hallan multitud de ellos».

En otro lugar, dice Al-Maqqari que en este distrito de Bejenah (Pechina), no lejos de un hondo valle llamado Kariatú Nacerá (Níjar), había canteras de una piedra parecida al rubí, de varios matices, que resiste al fuego. Al-Idrisi los cita como rubíes. De hecho, todavía hoy se pueden encontrar granates en el cráter de un viejo volcán apagado muy cercano a Níjar.

También Al-Maqqari habla del coral que se extrae en el mar de Al-Andalus y no es de extrañar, pues en el Mar de Alborán, cerca de la isla del mismo nombre, existen arrecifes de esta piedra preciosa.

Por otro lado, dice Florián de Ocampo que «A tres leguas después de Mojácar hallamos el Cabo de Ágatas, el cual fue nombrado de este apellido por ser una parte de tierra metida muy dentro del mar e incorporada toda con unas piedras preciosas llamadas ágatas, en tal manera que por solo no tener otra pizarra sino todo de las tales ágatas casi no las estiman en España, dado que por muchas partes del mundo donde se llevan son acatadas y tenidas en precio».

Cuenta Orbaneja que, según la tradición, el rey Salomón se llevó en sus naves estas hermosas piedras para adornar y enriquecer el templo de Jerusalén.

Por su parte, Al-Maqqari escribe: «Almería es famosa por unas pequeñas guijas que están sedimentadas en su territorio y que son exportadas a regiones distantes a causa de su semejanza con las perlas a las cuales se parecen en brillantez y transpa-

renacia». Y en otro lugar dice: «en Almería hay yacimientos de ágatas de diferentes matices que los nobles y gentes de valer de Marruecos ponen en su barasid».

Tres siglos antes, ya Al-Saqundí decía de la playa de Almería que: «en ella se encuentran esas piedrecitas de colores que echan los magnates de Marruecos en los botijos».

La diferencia estriba en la traducción que se hace de la palabra «barasid». Unos la consideran como «botijos o cántaros», es el caso de García Gómez, mientras otros, como Gayangos, hablan de «suelos de losas de mármol de las casas ricas de Marruecos».

Lo cierto es que todos se refieren a esos bienes preciosos que se encuentran en el histórico promontorio de Caridermo, a seis leguas de la ciudad, que después pasó a llamarse Cabo de las Ágatas o Cabo de Gata.

Vemos, pues, que el panorama minero de Almería era envidiable. No en vano decía Al-Razzi, en su crónica, que Almería es «la llave de la ganancia e de todo bien». Y el poeta Abulcasim Mohamed ben Hani cantaba:

*«Es una tierra, en que, si tu paseas
Perlas las piedras son, almizcle el polvo
y paraísos cuantos huertos veas»*

VIAJEROS CRISTIANOS

A partir de la conquista del Reino de Granada por los Reyes Católicos serán los viajeros cristianos los que, con un cuaderno de notas siempre a mano, recorrerán las tierras peninsulares, dispuestos a contar a su regreso sus impresiones. «Narraban –dice María Antonia López-Burgos– todo cuanto les acontecía mientras se traqueteaban en pesadas diligencias o mientras trotaban a lomos de acémilas bajo la siempre atenta mirada del arrogante mulero o del sucio y desdentado sirviente. Describían gentes y costumbres, aprovechando el merecido descanso nocturno en las posadas de los pueblos o en las lúgubres ventas que salpicaban los caminos, donde asistían perplejos al espectáculo que éstas ofrecían, en el que se mezclaban hombres y bestias».

Si a lo largo de los siglos XVIII y XIX, época en la que más gentes nos visitaron, viajar por estas tierras fue toda una aventura, hacerlo en los siglos XV y XVI constituyó una auténtica audacia, pues los ataques berberiscos se convirtieron en

aquellos momentos en una amenaza constante o, por mejor decirlo, en un peligro permanente.

Es por eso, que en los primeros momentos después de la conquista fueron escasos los viajeros que se atrevieron a llegar hasta aquí, pero de todos modos, los suficientes para que con pluma ágil dejaran expresados sus vivencias y sentimientos. Quiero destacar las narraciones de los pioneros en estas visitas, Münzer, Navagero y Medina, testigos de una Almería, alejada ya de su antiguo esplendor, pero conservadora todavía de su pasado histórico.

El primer viajero cristiano del que tenemos constancia es JERÓNIMO MÜNZER (1458-1508), médico alemán, que obtuvo su título de doctor en medicina por la Universidad de Pavía y ejerció su profesión en la ciudad de Nuremberg. En Italia completó su formación humanística adquiriendo conocimientos de Geografía y Astronomía.

Entre los años 1494 y 1495, Münzer y tres amigos, hijos de ricos comerciantes, que hablaban distintas lenguas, huyendo de la peste que azotaba su tierra, emprenden un largo viaje por Alemania, Suiza, Francia, España y Portugal. Sus escritos se publicaron más tarde con el título de *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam*. Viajaron por España durante cinco meses, desde el 17 de septiembre de 1494 al 9 de febrero de 1495, realmente poco tiempo para las difíciles condiciones de un viaje en aquellos años, realizado a caballo que alquilaban a los arrieros. Este recorrido fue publicado por L. Pfandl en la *Revue Hispanique*, con el título de *Itinerarium hispanicum*, en 1920. Cuatro años más tarde el académico don Julio Puyol tradujo el texto del latín al castellano y publicó este viaje en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Ha sido considerado por todos los estudiosos del género como «La más importante relación de viaje por España durante la Edad Media».

Su presencia en Almería duró cuatro días, del 16 al 20 de octubre de 1492. Comenzó por Vera, de la que dejó una escueta pero interesante descripción del primitivo doblamiento de la villa antes de bajarse al emplazamiento actual, pasó por Sorbas y Tabernas para llegar por fin a la ciudad de Almería, de donde salió hacia Granada pasando por Fiñana. En la ciudad de Almería permaneció dos días en los que, acompañado por dos alemanes, Andrés de Fulda y Juan de Argentina, que en esos años se hallaban en la ciudad, fue recorriendo todo su espacio, dejando una magnífica descripción de cómo era la ciudad de Almería en esos desconocidos años inmediatos a la conquista por los Reyes Católicos y todavía en proceso de repoblación. Es muy interesante, porque describe de forma directa lo que observó en esos momentos de transición.

Efectivamente Münzer llegó a Almería en pleno proceso repoblador y sus primeras impresiones fueron las de llegar a una tierra paradisíaca con gran influencia de los «moros», pero en la medida que alcanzó y recorrió la ciudad se encuentra con un lugar arrasado por un sinfín de circunstancias, desde el terremoto de 1487 a la conquista de 1489, pasando por la decadencia económica y el impresionante descenso de población. Por eso relata, con sensaciones contrapuestas, que «andadas un par de leguas, nos amaneció en un risueño valle regado por un riachuelo, a cuyas orillas extiéndense frondosas huertas y verdes campos, donde crecen la palmera, el olivo, el almendro, la higuera, haciéndonos la ilusión de que caminábamos por el paraíso. Vimos un acueducto que lleva a la ciudad copioso caudal de agua, tomado de un manantial que brota a una milla de la población. A medida que nos acercábamos a Almería íbamos contemplando sus bellas huertas, sus murallas, sus baños, sus torres, sus acequias, todo ello hecho al estilo de los moros.

Hállase la ciudad al pie de un monte, en cuya cima se halla una gran fortaleza, y al mediodía está el mar. El rey ha mandado construir un castillo de piedra de sillería sobre los cimientos del antiguo, obra maravillosa, que tiene en su interior un jardín cuadrangular con una fuente en el centro que echa el agua por los caños. Trabajaban allí muchos cautivos con grillos en los pies. El castellano, hombre noble y doctísimo, nacido en Nápoles, nos recibió con exquisita afabilidad, enseñándonos una multitud de armas cogidas a los moros, como arcos, ballestas, espadas y, sobre todo, flechas en número incontable. Enseñonos también un avestruz muy grande y sumamente negra. Luego nos presentó a su mujer, quien habló con mi compañero, y nos dio cartas de favor para el alcaide de Granada, que así llaman al castellano los españoles.

Tiene Almería la forma de un triángulo y su muralla infinidad de torres; pero por consecuencia de un terremoto que hubo después de la conquista, mucha parte de la ciudad está en ruinas y deshabitada; sus casas, que en un tiempo pasaban de cinco mil, hoy no llegan a ochocientas, y por eso a cualquier forastero que desee avecindarse allí le dan gratis la vivienda, el huerto, la tierra de labor y los olivos, para que pueda vivir holgadamente, con lo cual es seguro de ha de poblarse en breve».

De la Mezquita Mayor, ya convertida en Iglesia, por la decidida voluntad de los Reyes Católicos de cristianizar tanto territorial como poblacionalmente el Reino de Granada, nos dejó una descripción interesante y muy gráfica, que nos traslada a lo que fue en vísperas de su destrucción: «...la antigua mezquita, convertida en iglesia, no es sólo el mayor templo de Almería, sino también uno de los más bellos del reino de Granada. Antes de la guerra y del terremoto había en la ciudad gran influencia de mercaderes, por causa de que en sus fábricas se elaboraban más

de doscientos centenarios de seda, y así, con los donativos de aquellos y de otros fieles llegó a tener la mezquita riquezas fabulosas. Está sustentada por unas ochocientas columnas, y en tiempo de los moros ardían en su recinto más de un millar de lámparas. Visitamos la pieza en que se guardaba el aceite dado para el culto y la cámara secreta del cadí, o sea, el supremo sacerdote de los moros. En el centro del edificio hay un amplio jardín de forma cuadrada plantado de limoneros y de otros árboles, enlosado de mármol, y en medio de él la fuente en donde los fieles, según lo mandan sus preceptos, se lavan antes de entrar en el templo, el cual mide ciento trece pasos de largo por sesenta y dos de ancho. Dijéronme que en tiempo de los moros había en él quinientos sacerdotes (llamados faquíes, en su lengua) encargados del culto, que todas las tardes subían a la torre doce o catorce de ellos vestidos con túnica blanca, conforme a su rito; que, tapándose los oídos, clamaban: ¡Halo, halo!, etcétera, tocando luego unas trompetas y, en fin, que después de este toque ningún moro osaba andar por las calles sin llevar luz.

De la mezquita se ha hecho ahora iglesia dedicada a la Virgen y es sede episcopal, con unos veinte canónigos. Cuando era de moros, poseía campos, huertas y otras fincas que le daban de renta sesenta y seis mil ducados, la cual pertenece hoy a la iglesia, a los canónigos y al obispo. Otras varias mezquitas más pequeñas hay en Almería, cuyas rentas son, asimismo, del prelado y del clero, porque están incorporadas a la iglesia mayor, la que cobra, además, un tributo de veinticuatro mil arrobas de aceite para las lámparas, que hacen quinientos centenarios de los nuestros.

Dos honrados alemanes muy apreciados por el alcaide, llamados, Andrés, de Fulda, ciudad de Hesse, y Juan de Argentina, me hicieron notar que en varias mezquitas pendían campanas que los moros habían traído de sus guerras con los cristianos, las cuales perforaron por muchos sitios para poner en su parte convexa pequeños candelabros con multitud de lamparillas, habiendo algunas que tienen más de trescientas. En el altar mayor vimos dos lámparas de gran tamaño hechas con vidrios de colores traídos de la Meca, que es donde está el sepulcro de Mahoma. No me admiran estas vueltas de la fortuna, porque las ciudades marítimas que viven del tráfico tan pronto crecen como merman».

Por último, describió los monasterios de reciente fundación que los monarcas castellanos habían ordenado establecer en el proceso de cristianización. En su relato destaca tres elementos que le produjeron gran impacto: el agua, la huerta-jardín y la fuerte africanización plasmada en la chumbera:

«Tres comunidades hay en la ciudad, a las que el rey ha dado decoroso alojamiento, juntamente con varias casas que fueron de los moros y feraces huertas

con canales para el riego contruidos a la morisca; y debe notarse que casi todas las viviendas de estas tierras tienen o pozos o acequias de agua dulce o piscinas de piedra, de yeso y de otras materias, porque los moros son, ciertamente, primorosos en tales construcciones.

Mucho es lo que están edificando las Órdenes de Predicadores y de Menores de San Francisco, cuya vida honesta y religiosa no podemos menos de alabar».

Y continúa diciendo:

«El 19 de octubre, día de San Lucas, fuimos a visitar el monasterio de la Orden de Predicadores, en el que había seis frailes. Como he dicho ya, el rey les ha dado un excelente edificio con buena huerta plantada de palmeras, casa que perteneció a uno de los muchos moros ricos que hubo en Almería, con abundante agua de pie; así es que no dudo de que los frailes puedan sustentarse con la finca.

Visitamos después el monasterio de San Francisco, aún mejor que el anterior, pero no tan grande, dotado de agua que sale por unos caños. En un huertecillo de esta casa vimos cinco o seis árboles de Egipto de los que producen el higo chumbo, miden una altura de cinco o seis codos y el grueso de mi muslo, y las hojas dos o más pies de ancho por diez o doce de longitud; su fruto, que nace en racimos, como el del ricino, el del quinquefolio y el de la vid, es grande, oblongo y de la forma del cohombro; en cada racimo hay de treinta a cincuenta higos, y por donde quiera que se corte uno de ellos aparece la figura de una cruz; cuando el fruto está maduro es sumamente dulce, cual pueda serlo el higo común; pero allí no logra madurez tan perfecta como en Egipto y en diversos países africanos. En otras dos casas vimos también bastantes árboles de esta clase con muchos racimos; pero creo que, más que por utilidad, se plantan por adorno, porque el fruto, según dije, no llega a completa sazón, cosa análoga a lo que acontece con el dátil.

Nunca creyera, a no haberlo visto con mis ojos, que tal árbol se daba en Europa; pero se comprende que así sea, porque Almería es tierra vecina de África y en tan alto grado calurosa, que lo pasarían muy mal sus moradores si no fuera por las cañerías y acequias que toman el agua para el riego en los manantiales y en los ríos; no obstante, han padecido una sequía de dos años; pero desde el 7 hasta el 12 de octubre ha llovido copiosamente en Valencia, costa de Granada, Cataluña y Castilla, de lo cual dan infinitas gracias al Señor.

Encantadoras habían de ser aquellas huertas cuando estaban en poder de los moros, gentes tan hábiles en la horticultura y en el arte de conducir el agua, que quien no haya estado entre ellas no puede formarse cabal idea de su mucha industria».

El segundo viajero que presentamos es ANDREA NAVAGERO (1483-1529), escritor y diplomático italiano, que fue cronista oficial de la República de Venecia y embajador de ésta ante Carlos V y Francisco I de Francia.

De su *Viaje por España* el relato de Almería es bastante reducido, ya que se limita a contar los efectos del trágico terremoto de 1522, que asoló la ciudad de Almería y causó graves desastres en toda la provincia. Es una narración fantástica en la que presenta sucesos maravillosos, propios de una época en la que lo «mágico» formaba parte de la vida cotidiana. Así nos contó sus impresiones:

«...En esta misma parte, y principalmente en Almería y Granada, se sintió en mil quinientos... un grandísimo terremoto, en que ocurrieron muchas cosas memorables: el río de Almería se secó, y de la cima de un monte, en parte donde no había gota de agua, manó un nuevo río, que se llevó después por el antiguo cauce, supliendo así al primero, y dicho río arrastra en su corriente piedras labradas y otros materiales, de suerte que se conoce que cuando viene bajo tierra atraviesa cimientos de edificios.

Se resintieron con el terremoto y se arruinaron muchas torres y casas y pereció no poca gente. En Marchena se arruinó el castillo, y en cima de la torre más alta había un muchacho en una ventana; la cima fue a parar muy lejos al arruinarse la torre, y el muchacho se encontró en la ventana sin haber recibido ningún daño. En otro lugar se arruinó una casa en que estaba una madre con cinco hijos a su alrededor, y todos perecieron menos una niña que, estando junto a su madre, se encontró en el tejado de la casa sin lesión alguna. Dormía el dueño de una casa en su cama, y en la misma cámara un criado suyo sobre un arca; se hundió la cámara y mató al dueño, y el criado se encontró en la calle sobre la misma arca sano y salvo; cosas todas maravillosas, pero de las cuales, si bien se considera el trastorno que produce el movimiento de la tierra, se puede explicar la causa cierta y verdadera».

Aquí termina su narración que es breve pero suficiente para entender cómo vivieron los almerienses el trágico acontecimiento.

Por último, recogemos el relato de PEDRO DE MEDINA, sevillano que vivió entre 1493 y 1567. Cosmógrafo e historiador, es más conocido por su obra que por su vida, de la que nos han llegado pocos datos. La Academia Española lo coloca en el *Catálogo de Autoridades de la Lengua*. Como humanista y experto latinista, conoció los textos de la antigüedad clásica, al tiempo que dominaba las matemáticas, la astronomía y la cosmografía, ciencias que le llevaron a publicar el primer tratado de materia náutica en su famoso *Arte de navegar* (1545), en el que recopila todo el saber de la época en materia de navegación. Esta obra y posteriores tratados sobre

el mismo tema le valieron el reconocimiento de la Casa de la Contratación, siendo consulta obligada de todos los pilotos españoles y extranjeros.

Igualmente importante fue el *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, que lo dedicó al entonces príncipe Felipe. No es un libro de viajes, sino una crónica o historia de las distintas ciudades peninsulares narradas en 174 capítulos. Obra controvertida desde sus orígenes, despertó, no obstante, gran interés, siendo muchas las reediciones ampliadas y corregidas que se han sucedido hasta nuestros días. Se trata de una recopilación de los textos de los geógrafos clásicos, sobre todo de Pomponio Mela, Plinio y de otras crónicas y leyendas existentes hasta la fecha. Asimismo, sus conocimientos geográficos le llevaron a incorporar un mapa de la península Ibérica y, al uso de crónicas anteriores, encabeza cada uno de los capítulos con un sencillo grabado o representación de cada ciudad, vistas que no son en absoluto reflejo de la realidad, sino el resultado convencional de repetir intercaladamente las mismas planchas.

En la parte que corresponde a Almería, Pedro Medina presenta tres pasajes: uno dedicado a la conquista de la ciudad por Alfonso VII el Emperador, otro referido al terremoto de 1522 y un tercero en el que describe la belleza de Cabo de Gata. También en este caso nos encontramos con unos relatos más cercanos a la fantasía que a la realidad. Con su lectura no se necesitan más comentarios. El primero dice así:

«La ciudad de Almería, a quien Pomponio Mela llamaba Gran Puerto, es muy antigua en España, de la cual fue obispo San Indalecio, que fue discípulo del glorioso Apóstol Santiago, y uno de los primeros que el mismo Apóstol convirtió a la fe de Jesucristo en España.

Después que los moros entraron en España, el rey don Alonso de Castilla, que fue electo Emperador, vino sobre esta ciudad y, teniéndola cercada, vino así mismo el Conde de Barcelona con mucha gente; y también una grande armada de genoveses; y después que la ciudad fue ganada, mandó el Rey juntar todas las riquezas que dentro se hallaron. Éstas fueron muchas y, entre ellas, se halló un plato grande de esmeralda de inestimable valor. Y por el gran servicio que en esta guerra le hicieron los genoveses, les dio el Rey a escoger que tomasen lo que quisiesen: o todos los tesoros y riquezas que en la ciudad se hallaron, que fueron muchos, o el plato. Los genoveses escogieron el plato, y con él se partieron muy contentos. Y así lo tienen hoy día en Génova en muy grande estima: Dícese que este es el plato en que Nuestro Señor Jesucristo cenó con sus discípulos en aquella bendita cena del Jueves Santo antes de su pasión. Esta joya, que es única

y singular en el mundo, es tan grande que cabe en él un cabrito entero. Dijo un gran lapidario catalán, yendo con don Juan de Gallano, embajador de los Reyes Católicos, que vio este plato mostrándoselo al Embajador, que es de seis puntas, tan fino, y que si se partiese en partes como la uña, que valdrían un millón de oro. De donde se colige, cuánto más valdrá siendo como es una sola pieza. Llevaron de la conquista de Almería los barceloneses todos los otros haberes, quedándole al Rey don Alonso sola la ciudad».

En otro de los fragmentos relata que en «el año de mil y quinientos y veinte y dos hubo en esta ciudad un terremoto tan grande que se cayeron muchas casas y otros edificios, y mataron mucha gente, moviese de su lugar gran parte de una sierra y cayó en el río que pasa junto a esta ciudad, por lo cual salió el río de su mismo sitio y madre, guiando sus corrientes por otras partes».

Por último escribe que «cerca de la ciudad de Almería hay una punta de sierra metida buen rato dentro en la mar, la cual está toda incorporada de unas piedras preciosas, que llaman ágatas. Y por haber en este cabo muchas de éstas casi no se estiman en España, aunque por muchas partes del mundo a do se llevan son muy preciadas.

Llamase ahora esta punta de sierra Cabo de Gata, corrompido el nombre, y habiendo de llamarse Cabo de Ágatas. Dice Plinio que sola esta piedra entre todas las otras se halla nadando sobre el agua. Su color es negro, y son mejores las que se encienden a la luz de la vela, y encendida arde como incienso, mátase con aceite. Léese que el águila pone esta piedra en su nido cuando se echa sobre los huevos para templar su gran calor».

* * *

Si quisiéramos resumir en pocas palabras cómo percibieron Almería los viajeros que la visitaron, tanto árabes como cristianos, tendríamos que hablar de tres cosas fundamentalmente: africanidad del territorio, exotismo y pervivencia de lo musulmán, y, sobre todo, de contrastes. Contrastes entre el sol, la luz, el agua y lo fértil frente a lo seco, lo áspero, lo árido y lo estéril.

Estos contrastes han sido siempre una constante en la historia de Almería, cantada por unos y vituperada por otros, de tal manera que todavía en el siglo xx los poetas almerienses han seguido plasmando en sus poemas estas diferencias.

Así, Celia Viñas escribe sobre la Almería árida, la Almería dura, la Almería de la sed:

Se me muere esta tierra entre las manos
con vocación de luna deshojada.
Cementerio de cumbres, tierra dura
donde sólo las rocas sueñan sangre
y los barrancos humedad de axila;
adelfares sobre esta inmensa tumba
de la tierra maldita que agoniza,
piedra que masca piedra y bebe piedra,
polvo que cubre polvo y polvo muere.
Y hay en mi corazón tanta ternura
que este doble latido de mis pulsos,
si encontrara el camino de las fuentes,
para esa sed de siglos fuera vaso,
fuera cascada sobre el polvo muerto.

Como contrapartida, Francisco Villaespesa hace un canto a la luz, al sol, al mar. Es un canto de esperanza:

Surges del mar como la Venus griega.
En la falda de un monte reclinada,
semejas adalisca enamorada
que a los delirios de su amor se entrega.

Verde alfombra te da tu fértil vega
de rosas y azahares perfumada,
como igual que tu mujer no hay nada,
jamás te olvida el que a mirarte llega.

Embriagada atmósfera respiras;
tu cielo siempre azul te da su velo,
y en el espejo de tu mar te miras...

Y eres, noble ciudad, tan hechicera,
que por ti seducida, de tu suelo
no se aleja jamás la Primavera.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- ABD AL-KARIM, G.: «La España musulmana en la obra de Yaqut (s. XII-XIII)» *Cuadernos de Historia del Islam*, nº 6. Granada, 1974.
- AL-IDRISI: *Descripción de l’Afrique et de l’Espagne*. Texto árabe y traducción francesa por Reynand, Dozy y Goeje. Ámsterdam, 1989.
- AL-MAQQARI: «Nath al-tib» en *The History de Gayangos*. Analectes de Dozy y en traducciones fragmentarias de E. Molina López.
- AL-RAZZI: Reconstrucción por Leví-Provençal en *La description de l’Espagne*. Al-Andalus, 1953.
- AL-SAQUNDI: *Elogio del Islam español*. Traducción de E. García Gómez. Madrid, 1954.
- AL-UDRI: Traducciones fragmentarias de E. Molina López y M. Sánchez Martínez.
- ALCOCER MARTÍNEZ, A.: *Catálogo documental del Archivo Municipal de Almería. Siglos XV-XVI*. Almería, 1986.
- ARIE, R.: *La España musulmana (siglos VIII-XV)*. Historia de España, dirigida por Manuel Muñón de Lara. Barcelona, 1982.
- CASTRO GUIASOLA, F.: *El esplendor de Almería en el s. XI*. Almería, 1974.
- CATALÁN, D., y DE ANDRÉS, M.^a S.: *Crónica del moro Rasís*. Madrid, 1975.
- HUICI MIRANDA, A. *Colección de crónicas árabes de la Reconquista*. Tetuán 1953-54.
- LENTISCO PUCHE, J. D.; MARTÍNEZ SAN PEDRO, M.^a D.; SEGURA DEL PINO, D. y ÚBEDA VILCHES, R. M.^a: *Almería vista por los viajeros. De Münzer a Pemán (1494-1958)*. Instituto de Estudios Almerienses. Diputación Provincial de Almería. Almería, 2007.
- LEVI PROVENÇAL, E.: *España musulmana. Instituciones, sociedad, cultura*. Historia de España, dirigida por Menéndez Pidal. Madrid, 1957.
- LIROLA DELGADO, J.: *Almería andalusí y su territorio. Textos geográficos*. Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes / Instituto de Estudios Almerienses. Almería, 2005.

- LÓPEZ-BURGOS, M. A.: *Almería dorada. Relatos de viajeros de habla inglesa*. Consejería de Turismo, Comercio y Deporte. Junta de Andalucía, Sevilla, 2007.
- MARTÍNEZ SAN PEDRO, M.^a D.: «La ciudad de Almería a finales del siglo XV. Notas sobre su población y urbanismo». *I Encuentro de Cultura Mediterránea. Homenaje al Padre Tapia*. Cajalmería. Almería, 1988.
- MARTÍNEZ SAN PEDRO, M.^a D., y GARCÍA PARDO, M.: «La riqueza minera en la Almería Medieval» en *Actas de las I Jornadas sobre Minería y Tecnología en la Edad Media Peninsular*. Fundación Hullera Vasco-Leonesa. León, 1996.
- MOLINA LÓPEZ, E., y ÁLVAREZ DE MORALES, C.: «Repertorio de noticias geográficas sobre Almería islámica». *Homenaje a la Profesora Elena Pez̄zi*. Granada, 1992. pp. 77-86.
- PASQUAL Y ORBANEJA, G.: *Historia de Almería en su antigüedad, origen y grandeza*. Edición facsímil. Ateneo de Almería. Almería, 1975.
- PONCE MOLINA, P.: «El viaje de Jerónimo Münzer en 1494». *La Voz de Almería*. 24 de Julio de 2005.
- REVERTE, J.: *Corazón de Ulises. Un viaje griego*. Ed. Aguilar. Madrid, 1999.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *La España musulmana*. Madrid, 1973.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M.: «La cora de Ibira (Granada y Almería) en los siglos x y xi, según Al-Udri (1003-1085)». *Cuadernos de Historia de Islam*, n.º 7. Granada, 1975-76.
- TAPIA GARRIDO, J. A.: *Almería musulmana. Vida y cultura*. Historia general de Almería y su provincia. Tomo VI. Cajalmería. Almería, 1989.
- TAPIA GARRIDO, J. A.: *Almería mudéjar (1489-1522)*. Historia general de Almería y su provincia. Tomo VII. Cajalmería. Almería, 1989.
- TORRES BALBÁS, L.: «Almería islámica». *Al-Andalus*, XXII, 1957, pp. 411-457.